VI

Corría el año 1898. Los liberales colombianos habían estado planeando toda una década la revolución armada en contra del Gobierno. El Istmo de Panamá era importante para los liberales ya que por su posición aislada era un lugar ideal para iniciar tácticas diversionarias.

Casi todos los pueblos del litoral eran simpatizantes del movimiento liberal sin ser Chumico la excepción. La consigna ya estaba dada por los dirigentes liberales. Había que iniciar una serie de pequeñas rebeliones que mantuvieran al ejército colombiano acantonado en Panamá entretenido, de modo que no fueran transferidos a Colombia cuando la revolución final comenzara. Chumico por ser un pueblo tan aislado, recibía noticias de los movimientos liberales esporádicamente. Cuando regresaba "La Princesa" de sus viajes mensuales, todos trataban de obtener información de lo que estaba sucediendo en el resto de la región. Así se enteraron del exilio del Dr. Belisario Porras, una figura muy destacada del

liberalismo, quien andaba por Centroamérica solicitando ayuda para el movimiento.

Francisco antes de enfermarse había estado muy ligado al partido liberal por los años noventa. Por eso tuvo que salir huyendo de San Miguel apresuradamente con su familia, cuando el Alcalde de la isla mandó a ponerlo en prisión por sus actividades políticas. Fue así como la familia Muñoz llegó a Chumico. Manuel, desde chico había oído a su padre contar las atrocidades cometidas por los conservadores y cómo la prensa había sido amordazada por las fuerzas gubernamentales. Lo que más le molestaba al pueblo era el aumento desaforado de los impuestos y los fueros y privilegios concedidos por la iglesia católica a los aliados del movimiento oligarca de los conservadores. En el noventa y seis el Gobierno envió a Chumico un destacamento militar compuesto de cinco soldados, quienes pronto fueron aborrecidos por el pueblo.

Les vendían los alimentos a precio de oro y ni Ah Sing aceptaba en pago el papel moneda que el Gobierno había fabricado últimamente. Los soldados, a culatazos obligaban a los chumiqueños a recibir el papel que todos consideraban sin valor alguno. Pero a pesar de las amenazas e injurias no pudieron obtener ningún alimento de los sufridos pescadores. Por dos semanas nadie en el pueblo salió a pescar o a cazar y con el ayuno voluntario le dieron una lección a los obstinados colombianos que de casa en casa registraban en busca de comida. Soldados criados en tierra adentro, tenían miedo a salir a pescar en la bahía por temor a los tiburones que por esas aguas abundaban. Al final, el hambre los apretó y se dieron por vencidos. Fueron a la tienda del chino a comprar pescado, arroz y carne de monte a cambio de pesos de plata. Milagrosamente en pocas horas pudieron obtener todos los artículos que necesitaban.

—Eso es para que aprendan a respetarnos. No somos esclavos de nadie— decían los chumiqueños muy ocupados contando sus ganancias.

Cuando estallaron las primeras rebeliones liberales en Coclé, la noticia llegó a Chumico a las pocas semanas y los cinco soldados

abandonaron la guarnición, dirigiéndose a la capital en la nave que trajo las nuevas.

La fragata que arribaba cañoneando al pueblo, era el primer indicio de que el Gobierno no olvidaba del todo a los pueblos del litoral. Después de mucha discusión, Juancho organizó una comitiva para que bajara a la playa a recibir a los militares. Manuel fue incluido en el grupo a última hora por su insistencia y además, porque Francisco Muñoz había sido un liberal importante.

—No digan nada hasta que ellos nos hablen— les amonestaba Juancho.— Tenemos que conservar la calma; acuérdense de que tienen las armas. —Las mujeres que vuelvan a sus casas. Usted también, niña Carmen. Mandaremos a buscarla si hace falta.-

Bajaron por la calle con paso solemne, hasta llegar a la playa, una veintena de hombres, en su mayoría viejos, porque los jóvenes estaban trabajando río arriba en el sembrado. Sin hacer el menor esfuerzo por ayudar a los soldados que trataban de encallar el bote que los traía a la playa, esperaron a que los militares llegaran hasta ellos. Las fuertes olas de la marea les impedían maniobrar los pesados botes y con grandes esfuerzos en medio de los juramentos de los oficiales trataban por todos los medios de desembarcar en la playa sin mojarse las botas. Finalmente lograron bajar y marcharon hacia el grupo de hombres que los esperaban al lado de la plaza de la iglesia.

—¿Quién es el Alcalde de este pueblo?— preguntó el oficial de más rango del grupo, un Capitán, evidentemente de muy mal humor por lo difícil del desembarque.

Obsequioso y con cierto dejo de malicia Juancho le contestó:

—Yo soy el Alcalde su Honor. En qué puedo servirle?—

—¿Dónde está el destacamento militar asignado a este pueblo?—

—Se fueron hace meses sin decir ni adiós mi Capitán — contó Juancho.

—Bueno, sírvase guiarme a una casa o cualquier lugar donde

podamos dialogar. No quiero permanecer más tiempo hablando tonterías en esta playa infernal —les gritó el Capitán, mientras el viento cada vez más fuerte casi ahogaba sus palabras.

En silencio se dirigieron a la iglesia. Romualdo Pérez con gran esfuerzo abrió las enormes puertas que crujían con pereza. Ese era el único lugar en el pueblo lo suficientemente amplio como para albergar a todo el grupo. Uno a uno se fueron sentando en las desvencijadas bancas todas carcomidas por el comején y el tiempo. El Cristo de Chumico con ojos de mudo asombro contemplaba la extraña reunión.

—Qué los trae por aquí Capitán? — preguntó Juancho con voz tímida para no aumentar más la ira que vivamente reflejaba el rostro curtido del militar.

Con voz cortante el Capitán inició su discurso. Primeramente anunció la elección de Don Manuel Sanclemente a la Presidencia de Colombia.

—Pero si nosotros no votamos —murmuraron algunos asombrados. ¿Cuándo. . .?—

—Silencio! Dentro de media hora deseo que se reúna toda la población —los interrumpió con un ademán de impaciencia el Capitán.

—Pero Capitán? qué está pasando? —preguntó Juancho.

—Hemos sido informados de que existe un foco de insurrección cerca de esta costa y queremos advertirles a todos las consecuencias si cooperan con los rebeldes. El grupo que operaba en San Miguel ha sido capturado y todos han sido ajusticiados.

Un murmullo de indignación acogió las palabras del Capitán. La mayoría de los presentes tenía parientes en San Miguel, o por lo menos amigos, y la crueldad de la noticia los cogió de sorpresa. Unos a otros se miraban sin saber qué hacer y algunos a duras penas trataban de contener los deseos de violentarse con los militares que los observaban con desprecio al ir desfilando por el atrio

de la iglesia. Romualdo se quedó detrás luchando en vano por cerrar las inmensas puertas que empujadas por el viento se negaban a obedecer. El Capitán detuvo bruscamente a Juancho sujetándolo con fuerza por el brazo.

—Ya sabe Señor Alcalde. En media hora quiero a todo el pueblo aquí. Además deseo que nos consiga algunas provisiones que necesitaremos antes de zarpar con la próxima marea.

Sin contestarle siguieron todos loma arriba dejando a los soldados que en la plaza despreocupadamente conversaban entre sí. Las noticias se fueron propagando por el pueblo de balcón en balcón, de casa en casa. Algunas mujeres angustiadas lloraban al enterarse del asunto de San Miguel. Otras más aguerridas, como Leonor y Felicia, estaban dispuestas a sacar las viejas escopetas y comenzar a disparar allí mismo en contra de los soldados para vengar a los muertos.

Como una sombra Juancho iba por todo el pueblo calmando los ánimos y prometiendo que cuando llegara el momento oportuno tomarían algún tipo de represalia. Manuel lo acompañaba. A pesar de sus cortos años, el muchacho se daba cuenta de la gravedad de la situación y sabía que no era el momento para hacer demostraciones de fuerza. Los bien armados soldados podrían diezmarlos con facilidad. ¡Ya llegaría el día de la retribución!

Carmen esperaba en la escuela las noticias ansiosamente en compañía de un grupo de mujeres y sus hijos que habían acudido a ella para obtener información. Doña Eugenia se había quedado en la casa, metida en su cama, vuelta un mar de lágrimas. Carmen le había hecho un té de tilo para calmarla sin lograrlo y por fin, a la fuerza, la había obligado acostarse, mientras que ella se iba a la escuela.

—Niña Carmen, ¿qué está pasando? Díganos por favor —preguntaban nerviosas las mujeres. —Dicen que han llegado muchos soldados y que están en la iglesia con los hombres. ¡Dios nos ampare a todos! Son muy capaces de fusilar a alguien.

Juancho llegó con Manuel. En tono lúgubre les contó rápida-

mente los últimos sucesos y aconsejó a todos que debían conservar la calma. El viejo tenía el alma desgarrada. Sus hermanos vivían todos en San Miguel y Juancho sabía que eran activos del partido liberal. Temía por su seguridad pero no se había atrevido a preguntar nada a los soldados por miedo a represalias. En su fuero interno, maldecía a los invasores con todas sus fuerzas, pero sabía que de su presencia de ánimo dependía la tranquilidad en el pueblo. Manuel no saludó a Carmen. Ella se dio cuenta de su preocupación y mantuvo la distancia entre los dos.

—No hay por qué asustarse señoras. Vamos todos a la iglesia. El Capitán quiere hablarnos y es preferible escucharlo sin interrupciones. Los niños que se queden en sus casas. Tenemos que mantener la calma.

Juntos salieron dirigiéndose al atrio de la iglesia en donde ya estaba reunida la mayoría del pueblo. Entraron en silencio, las mujeres sentándose en las bancas mientras que los hombres se quedaban de pie a los lados. Con paso firme el Capitán marchó hasta el altar colocándose en el medio detrás del comulgatorio para que todos lo vieran bien. Con un gesto altanero mandó a hacer silencio, mientras que el resto de los soldados permanecía parado en la entrada de la iglesia. El militar comenzó a hablar con la voz cortante del que está acostumbrado a mandar. Volvió a informarles de la elección del conservador Manuel Sanclemente a la Presidencia de la República y como él sería implacable con cualquier intento de revolución armada por parte de los sediciosos liberales que atentaban en contra de la seguridad y paz en el país.

—Un foco de rebeldes ha sido diezmado en San Miguel; algunos escaparon pero estamos seguros de capturarlos pronto. Si algunos de ustedes sabe algo de esto, es su deber patriótico informarnos sobre el paradero de estos malhechores. Y les aseguro que los que se atrevan a esconderlos o darles albergue ante los ojos de la ley son tan culpables como los fugitivos y serán castigados duramente. ¡Ya lo saben! Después no reclamen que no se les advirtió.

Las palabras del Capitán eran recogidas por los oídos hostiles de los chumiqueños. Mientras hablaba el militar, más se enardecían

los ánimos y menos dispuestos se sentían a obedecer las órdenes impartidas con tanta arrogancia.

—"Amenazas a mí?" – pensaba Juancho—" ¿Qué se habrán creído?" –

– ¡Váyanse al demonio! —musitó Doña Leonor entre dientes.

—"En cuanto llegue el primer grupo de rebeldes liberales nos unimos al movimiento"— pensaban los jóvenes.

—Se dará una buena recompensa al que nos informe el paradero de los fugitivos— prosiguió el Capitán— Aquí dejaremos un destacamento de diez soldados en el cuartel. Ellos se encargarán de mantener la seguridad en el pueblo. El Teniente Jaramillo estará al mando del grupo.

Señaló a un joven oficial, parado con el resto de los soldados cerca de la puerta de la iglesia, ojeando a las jovenzuelas que coquetas sonreían a los soldados sin hacer caso de las palabras del Capitán. Al darse cuenta de que el militar se refería a él, con paso apresurado se dirigió al frente para que todos pudieran verlo mejor.

—Y por cuánto tiempo se quedará el destacamento aquí en Chumico?— preguntó Juancho.

—El tiempo que sea necesario para mantener el orden— anunció el Capitán.

Súbitamente, la voz de Doña Leonor se alzó indignada.

—Pero Capitán, aquí no ha habido ningún desorden. Este siempre ha sido un pueblo pacífico. Somos gente humilde y de costumbres sencillas y no podemos mantener un destacamento tan grande. ¡Sus soldados comen cada uno por diez y luego quieren pagarnos con papeles que no valen nada!—

Un murmullo de asentimiento ahogó las últimas palabras de la mujer. El recuerdo de las dos semanas de ayuno forzado a que se

vieron obligados por la terquedad de los otros soldados seguía fresco en el estómago de todos. Con voz estridente la mujer volvió a insistir.

—Los soldados comen demasiado y no quieren pagar por sus alimentos.

El Capitán levantó las manos con un ademán de impaciencia para hacerla callar.

—Los soldados pagarán con dinero legal del Estado y los que no quieran obedecer las órdenes del Teniente Jaramillo se avendrán a las consecuencias.

—Esto es ley marcial- protestó otra voz.

Vivamente irritado el Capitán contestó.

—Efectivamente: es ley marcial. Cuanto antes lo entiendan será mejor para todos. El Teniente Jaramillo tiene órdenes de mantener la paz y de fusilar a los rebeldes en cuanto caigan en sus manos. Todo el peso de la ley caerá sobre aquellos que colaboren con los fugitivos. Los soldados se quedan y pagarán sus alimentos con dineros del Estado.

— ¡Carajo. . .! Ya veremos —musitó Juancho.

Fue así, con esta declaración, como empezó en Chumico la guerra de los ochenta y cuatro días en contra del ejército colombiano.

Dando por terminada la reunión, el Capitán se dirigió al destacamento, ordenando que recogieran de la playa sus pertenencias y marcharan al pequeño cuartel situado al lado de la loma del cementerio. La tarde caía majestuosa y algunos pericos, alborozados, discutían en un árbol cercano los acontecimientos del día. La brisa del mar había disminuido su furia. A lo lejos se divisaba la fragata que había traído a los soldados, anclada en la bahía, sacudida por la marea que bajaba con rapidez. En un silencio preñado de hostilidad el pueblo vio partir a los soldados con un "ya veremos", prendido en todos los labios.

VII

Durante los primeros días después que partió la fragata, la tranquilidad reinó en Chumico. Todos desconocían la presencia de los soldados que deambulaban por el pueblo y la playa en su patrullaje. Algunos de los militares trataron de entablar conversación con los vecinos pero sólo obtenían respuestas en monosílabos o miradas hostiles.

Lilia, la sordomuda del pueblo, lavaba la ropa y cocinaba para los diez soldados y el Teniente. Ella siempre había cuidado del Cuartel desde los años ochenta cuando llegó a Chumico el primer destacamento. Todos en el pueblo la apreciaban mucho por su hábito de hacerse útil cuando alguien estaba enfermo.

Los extraños sucesos comenzaron tres semanas después de la llegada de los militares a las playas de Chumico. El agua de la tinaja del Cuartel amaneció un día llena de renacuajos. Los soldados que metieron la totuma y bebieron sin darse cuenta, escupían as-

queados al tragarse los resbalosos bichos. Esa tarde el Teniente mandó a recoger el agua a un lugar distinto; al Cuartel llegó limpia y transparente pero otra vez amaneció llena de los ágiles batracios que en la tinaja nadaban con gran desparpajo, ante el asombro de los soldados.

—Esto parece cosa de brujería — murmuraban mientras subían al chorro en busca de agua limpia.

El viernes, el Cuartel se vio inundado de una plaga de alacranes. Aparecieron primero anidando en las botas de los soldados que al calzarse en la madrugada, medio dormidos todavía, recibieron tremendas picadas. Por la noche antes de acostarse, tenían que revisar cuidadosamente las hamacas porque invariablemente estaban ocupadas por dos o tres de los mortíferos bichos. Exasperado, el Teniente le gritaba toda clase de insultos a Lilia pero ella le hacía señas de no entender ni saber lo que estaba pasando y tranquila seguía pegada a su fogón cocinando para los soldados. Una noche, uno de los reclutas fue picado en sus partes privadas cuando trataba de hacer sus necesidades en una bacinilla. Los alaridos del pobre hombre se oyeron por todo el pueblo que aparentaba estar dormido. A consecuencias de este último ataque el soldado estuvo muy enfermo con los huevos que parecían caimitos maduros y el miembro hinchado, negro y muy dolorido. Lilia le contó los pormenores del incidente a los vecinos que a la tienda de Ah Sing fueron a enterarse de lo ocurrido la noche anterior. Muertos de risa, la veían gesticular y abanicarse entre las piernas, imitando los gestos del soldado con la picada fatal. El Teniente ordenó una búsqueda exhaustiva de los arácnidos en el Cuartel, encontrando más de veinte especímenes. Mandó a montar una guardia permanente alrededor de la vivienda, convencido de que los bichos eran traídos por alguien del pueblo. Pero a pesar de todas las precauciones, los alacranes siguieron apareciendo como por arte de magia en todos los rincones y los soldados vivían en constante sobresalto. A los veinticuatro días amaneció una culebra enroscada en una esquina del Cuartel que por fortuna no picó a nadie pues era de una especie muy venenosa. Enardecido, el Teniente Jaramillo fue en busca de Juancho. Lo encontró remendando tranquilamente unas redes, sentado debajo de su casa a la orilla de la playa.

—¡O usted para estos abusos en contra de la autoridad o nos veremos en la necesidad de arrestarlo por desacato! —amenazador le gritó a Juancho que lo miraba con asombro.

—A qué se refiere Teniente? ¿En qué le he faltado yo para que me amenace así?—

—Usted sabe bien a qué me refiero; no se haga el inocente. El Cuartel está lleno de alimañas y no es por arte de magia que han aparecido allí. Estoy seguro de que es una conspiración de parte de alguien en este pueblo que quiere amedrentarnos. Y usted como Alcalde es el responsable de la conducta de sus habitantes.

—Pero Teniente, qué culpa tengo yo de los alacranes? Usted sabe que tenemos toda clase de bichos en este pueblo estando como dicen al pie del monte. Sin ir más allá, la semana pasada mi mujer mató a una culebra dentro de la casa. Ustedes deberían tener más cuidado. Hay que cerrar las ventanas de noche y revisar las hamacas.

—Mire Juancho: vuelvo y repito. O estos incidentes cesan o me veré obligado a tomar medidas que no le van a gustar a nadie en este pueblo. ¡Ya están avisados!

—Marchó calle arriba, rabioso, dejando a Juancho con una protesta en los labios.

Como una sombra apareció Manuel a su lado, poniéndose a trabajar con las redes para disimular.

—Qué quería el Teniente? — preguntó en voz baja.

—Anda algo asustado con una plaga de alacranes que ha aparecido en el Cuartel —le contó Juancho burlón— Yo le expliqué que por ese lado del pueblo hay muchas alimañas y que debería tener más cuidado. . . Está enfurecido y la quiere coger conmigo como si el ser Alcalde me hiciera responsable de todas las cosas que suceden por aquí.

Siguió trabajando en silencio. En un tono de seriedad le dijo

al muchacho:

—Ten cuidado Manuel, puede ser peligroso lo que hacen; el Teniente es capaz de hacerle mucho daño a este pueblo.

Manuel asintió. Ya estaba cansado de triquiñuelas y prefería una acción más directa en contra de los soldados. Pero una confrontación armada estaba fuera de toda posibilidad. En todo el pueblo habían cuatro a cinco escopetas de caza bastante viejas y muy pocas municiones. Además, pocos se iban a atrever a arriesgar su vida peleando con soldados bien entrenados para esos menesteres de guerra. Entre él y Doña Leonor habían planeado la estrategia a seguir en contra de los soldados. Con el pretexto de ir a la iglesia a recitar novenas, reunía a los muchachos por las tardes para darles las instrucciones de ataque. Ah Sing también participó en la guerra a pesar de mantenerse refugiado a la sombra de su bandera. Estaba muy molesto por el papel moneda que los soldados le obligaban a tomar a cambio de las provisiones que a diario requisaban.

—Este papel no silve pala nada. . .!— decía moviendo los ojos oblicuos desconsoladamente a la vista de los billetes.

El arroz que llegaba al Cuartel estaba lleno de gorgojos; el pescado un poco pasado y la sal, negra y llena de pedruscos. Cada vez que el Teniente Jaramillo, indignado, le reclamaba la mala calidad de los productos que le vendía, el chino se disculpaba haciendo reverencias. El arroz limpio y la sal blanca la despachaba de noche por la puerta de atrás de la tienda en un entrar y salir de sombras silenciosas.

Desde la llegada de los soldados el modo de vivir de los chumiqueños cambió radicalmente. Las viejas ya no chismorreaban por las tardes de balcón a balcón. Con el paño en la cabeza rezaban a todas horas en la iglesia delante del Milagroso Cristo, por las almas de los mártires de San Miguel. Los jóvenes no salían a bucear. En grupos de dos o tres pasaban las horas en la playa dirigiendo miradas hostiles a los soldados que por allí patrullaban. El Teniente había prohibido las reuniones a menos que fueran rezos

en la iglesia. Tampoco dejaba a los hombres irse río arriba a los sembrados de maíz y arroz a menos que fueran acompañados por una escolta, armados hasta los dientes. Habían pasado seis semanas desde la invasión de los militares y Carmen se sentía cada día más preocupada porque casi nunca veía a Manuel. Las pocas veces que logró hablarle lo encontró distante y con el pensamiento fijo en la situación que estaba viviendo el pueblo. La joven no podía entender su actitud y se sentía herida y abandonada. Eugenia, que nunca le había contado su entrevista con Manuel, aprovechó la coyuntura política para sembrar cizaña entre los dos novios.

—Ese joven no tiene seriedad. Ya se lo había advertido pero no quiso hacerme caso. Ahora, cuando más lo necesitamos, no aparece por aquí. ¡Gracias a Dios que nos vamos de este pueblo! —repetía una y otra vez.

Así era. Terminaba el año escolar y cada día era más difícil mantener el orden entre los intranquilos chiquillos. Por la escuela corrían historias de renacuajos y alacranes que Carmen no lograba entender. Los alumnos, encantados con sus fechorías, colectaban toda clase de alimañas para echarlas en el Cuartel bajo la dirección de Manuel y Leonor. Las jovencitas se encargaban de distraer a los soldados, coqueteando con ellos cuando subían al chorro a buscar agua; era fácil distraer a esos hombres con un contoneo de caderas.

El Teniente Jaramillo de vez en cuando llegaba a la escuela a conversar con Doña Eugenia, una de las pocas personas en el pueblo que lo recibía con amabilidad.

—Siéntese un rato mi Teniente. ¡Qué tarde tan calurosa! ¿Le gustaría un vaso de chicha de tamarindo?— solícita le preguntaba.

Las visitas cada vez más frecuentes del Teniente dejaban a Carmen indiferente. Desde sus años de niña se había acostumbrado a los uniformes de los cachacos y nunca se había visto obligada a escoger entre partidos políticos. Preocupada por sus relaciones

con Manuel, el asunto de la guerra la tenía sin cuidado. No se daba cuenta de que el joven Teniente se sentía solo en el medio hostil en el que su deber lo había situado y buscaba la compañía de la maestra, joven culta y de su agrado. Finalmente, la insistencia del hombre acabó por despertar su curiosidad. Así se enteró de que el Teniente era oriundo de Cali, de familia distinguida y que a instancia del padre había escogido la carrera militar, que no era muy de su agrado.

—Preferiría estudiar leyes o filosofía señorita Carmen, pero mi padre opina que esas son ocupaciones de hombres débiles. El alcanzó el grado de Coronel en el ejército de Bolívar en las guerras de los años veinte, cuando tenía mi edad y está empeñado en que yo siga el mismo camino. Ya está muy viejo y no quiero contrariarlo. No sé cómo ustedes se han acostumbrado a vivir aquí. Yo no entiendo a esta gente y créame usted que podría ser más rígido en el cumplimiento de mis órdenes de mantener la disciplina pero no quiero crear un conflicto armado en este pueblo. ¿Sabía que estos imbéciles se han dedicado a mortificar a la tropa echando toda clase de alimañas en el cuartel?

—¿A qué clase de alimañas se refiere?— preguntó Carmen comenzando a entender los chismorreos de los alumnos. A duras penas reprimió una sonrisa.

—Renacuajos, alacranes y hasta culebras— le dijo el Teniente.- Algunos de los soldados más exaltados son de la opinión de que una buena zurra a unos cuantos agitadores en este pueblo serviría de escarmiento a los otros. Sobre todo a ese chino sinvergüenza que solamente nos vende porquerías. A ese me gustaría retorcerle el pescuezo con su propia coleta. . .¿Qué opina de todo ésto?

—Por favor Teniente, me parece que sus sospechas son infundadas. Un acto de violencia en contra de alguien en este pueblo sería peligroso. Usted no puede culparlos a ellos por sus simpatías liberales. Por muchos años el Gobierno central no ha hecho nada por estos pueblos, solamente cobrarles impuestos. Esta gente es pobre pero tiene mucho orgullo y ustedes han aparecido como invasores y no como autoridad debidamente constituida —le con-

testó vivamente, el corazón sobrecogido por la angustia que las palabras del Teniente le producían.

—¿Invasores? Nos llama invasores? —Indignado le reclamó —Señorita, hemos sido enviados para mantener el orden en la República. Nuestra República —recalcó con acento grave. —Este país está siendo amenazado por una banda de cuatreros que quieren destruirlo para satisfacer sus mezquinos intereses.

Yo quiero que usted le haga entender a esos salvajes que tienen que obedecer órdenes y dejarse de triquiñuelas o me veré obligado a tomar represalias.

—Eugenia preocupada por el tono de voz que la conversación estaba adquiriendo y la actitud un tanto agresiva de Carmen los interrumpió afanosa.

—Un poquito más chicha Teniente? Hace tanto calor, qué barbaridad no pareciera que estuviéramos en diciembre.—

—No gracias señora. Ya me iba, tengo mucho que hacer.

Partió con el ceño fruncido haciendo un saludo marcial a la maestra desde la puerta. Siguió con paso rápido rumbo al Cuartel situado al pie de la loma del cementerio. La guarnición dominaba casi todo el pueblo. Sólo una casa quedaba más arriba medio oculta por matojos y un gran palo de mango. Era la choza en donde vivía Amelio Recuero, negro viejo de quien se rumoraba que poseía poderes diabólicos. Casi nunca hablaba con nadie y vivía solo. De noche, de la casita salían ruidos de animadas conversaciones y algunos juraban haber oído música extraña y el sonar de tambores. Una vez por semana el viejo iba a pescar en su panga y siempre regresaba con el bote lleno para envidia de unos cuantos. El resto del tiempo se lo pasaba colgando filetes de pescado al sol y plátanos maduros para hacer pasaos que luego cambiaba al chino por otros víveres.
La gente decía que los pasaos de Amelio eran potentes afrodisíacos y se vendían rápidamente. El viejo se las arreglaba para vivir cómodamente sin tener que depender de nadie.

El Teniente se cruzó con Amelio, que encorvado y con un saco lleno al hombro, se dirigía a la tienda del chino.

—Perdone usted señor Recuero —cortés lo detuvo— Me permite unas palabras?

Amelio se paró descargando el saco sobre las rocas del camino. Ceñudo miró al Teniente sin contestarle.

—Quisiera que me vendiera el pescado que lleva, a un precio razonable desde luego —le dijo el Teniente.

Sin decir nada, el viejo santiguándose, escupió en el suelo muy cerca del pie del Teniente. Recogió su saco y siguió loma abajo, dejando al otro con el rostro enrojecido por la cólera que lo poseía.

—Maldito Pueblo! —musitó— Ya me las pagarán. ¡Maldito pueblo. . .!

A lo lejos, el mar tranquilo se aprestaba a recibir al sol a punto de sumergirse en su dorada superficie y los pájaros bullangueros, se disputaban un lugar en los árboles vecinos. La belleza del atardecer por unos momentos distrajo al Teniente que rabioso se golpeaba las botas con una ramita que había recogido.

Los soldados que descansaban sentados afuera del Cuartel habían sido testigos del desplante del viejo Amelio y el Teniente lo sabía. Por largo rato se quedó parado contemplando el mar y añorando el terruño de la montaña que lo vio nacer.

— ¡Maldito pueblo!— volvió a repetir, marchando al Cuartel, sin contestar el saludo de los soldados que lo miraban con sorna.

VIII

Carmen llegó a casa de Juancho ya bien entrada la noche. Envuelta en un paño negro. Subió presurosa las desvencijadas escaleras de madera que crujían en cada peldaño. Desde la quebrada llegaba el furioso parlotear de las ranas y el graznido de las aves nocturnas en busca de presa. Al entrar en la pequeña sala encontró a Felicia sola leyendo un libro de oraciones a la luz vacilante de una guaricha.

—Señora Felicia, necesito hablar con el señor Juancho urgentemente —dijo Carmen sin aliento.

La mujer, extrañada por lo intempestivo de la visita y la cara de preocupación de la muchacha la invitó a sentarse antes de contestar a su pregunta.

—¿Qué sucede Carmencita? ¿Qué le pasa?—

—El Teniente me ha pedido que hable con el señor Juancho. Los soldados están muy molestos por los incidentes que están ocurriendo en la guarnición y amenazan con tomar represalias, lo cual me ha dejado muy preocupada.

Felicia, maliciosa, se reía, los negros ojos ardiendo de picardía.

—Ah sí. . .Ya me han contado los incidentes a los que se refiere, Carmen. Son tonterías de muchachos y estos soldados son unos flojos. No están acostumbrados a la vida en el monte; se asustan con cualquier cosa.

—No es asunto de risa señora Felicia. Hasta pueden fusilar a alguien. El Teniente me aseguró que la cosa va en serio. Le suplico que convenza a los responsables para que desistan de molestarlos.— Con los ojos húmedos retorcía las manos en un ademán de súplica. Ella sospechaba que Manuel era uno de los culpables.

— ¡Bah! No se atreverán. Por cada uno de ellos hay treinta de nosotros y aunque no tenemos armas hay cosas por estos montes que le meterían el temor de Dios a cualquier hijo de puta colombiano que se atreva a matar a un chumiqueño. . .! Nosotros no somos nuevos en esta pelea. Llevamos años de rencores, desde lo tiempos del libertador Bolívar. Ese sí era un hombre de honor, pero como esos ya no hay. Estos sólo son un hato de políticos sinvergüenzas dispuestos a oprimirnos más y más —la vieja, alterada, levantó la voz— Desde los años ochenta cada vez que uno de estos filibusteros pisa nuestras playas es para denigrarnos y extorsionarnos. Usted ha sido la primera maestra aquí y eso fue porque las elecciones se acercaban y querían el voto para el Gobierno. Mire lo que pasó en San Miguel; los pescadores que han llegado de allá nos cuentan que el alzamiento se produjo porque querían subir aún más los impuestos. ¡Impuestos y abusos! Es lo único que este maldito gobierno conservador sabe hacer bien. Si el Teniente quiere guerra abierta se la daremos y ya veremos quién tiene las de perder.

De repente, la perorata de doña Felicia fue interrumpida por un silbido sordo que salía desde la oscuridad de afuera. Hacién-

dole un gesto a Carmen para que guardara silencio apagó de un soplo la luz de la guaricha. Las mujeres quedaron sumidas en la más profunda oscuridad. A Carmen se le encogió el corazón del temor que sentía. Se oyó el crujir de los viejos escalones como si viniera mucha gente subiendo. Desde la puerta una voz preguntó quedamente:

—Felicia. . .Felicia. ¿Está sola?—

A Carmen se le quitó el miedo que la oscuridad y la actitud misteriosa de Felicia le producían al reconocer la voz de Juancho que llegaba.

—No estoy sola Juancho— contestó Felicia— la maestra está aquí acompañándome.

Del bolsillo de la amplia pollera sacó unos fósforos y nuevamente encendió la guaricha. En la salita entraron Juancho y Manuel, seguidos por dos hombres desconocidos para Carmen. Los cuatro venían armados con sendas escopetas a la bandolera y un machete en la cintura, como si regresaran de cazar. Al ver a Carmen, Manuel no pudo contener la alegría y cogiéndola por la cintura le plantó un beso en la mejilla con el consiguiente desconcierto de la joven que se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—Felicia prepare algo de comer para nuestros huéspedes— ordenó Juancho señalando a los dos extraños que sin saludar permanecían en la entrada de la sala.

—Llevan días caminando por la costa. El barco en que salieron de San Miguel encalló por Darién. Están muy cansados. Acérquese usted Abilio para presentarle a mi esposa Felicia y a la Señorita Carmen Bermúdez, maestra del pueblo.

Saludaron con una inclinación de cabeza quitándose los sombreros de paja, las frentes sudorosas y los cuerpos exudando olor a animal perseguido

—Abilio Vargas para servirles— dijo el más viejo, un hombre

alto y delgado de piel oscura y ojos hundidos.

—Valerio Ríos a sus órdenes —dijo el otro visitante, un cholo de facciones cuadradas y de mirar hosco y receloso. ¡Los rebeldes!. . .Finalmente llegaban a Chumico. Carmen los examinaba interesada distinguiendo con dificultad las facciones de los hombres en la pálida luz de la habitación. Felicia la cogió del brazo llevándola a la cocina para que la ayudara a preparar la comida. En el fogón tenía una gran paila de arroz con almejas todavía caliente. Fue sirviendo rápidamente en los platos de tagua sin decir nada. Desde la sala llegaba el rumor de las voces de los hombres que discutían animadamente.

—Tenemos que salir esta noche —decía Abilio Vargas— hay que conseguir un bote grande y si es posible un bongo para ir a recoger a los compañeros que nos esperan en la costa. Hay dos heridos aunque no de gravedad y no pueden caminar mucho.

—Podemos coger el bote de Pastor Gutiérrez. Estoy seguro de que no le importará si lo usamos. Yo voy a acompañarlos; conozco estas aguas mejor que nadie.

—Yo también iré con ustedes —añadió Manuel- con el entusiasmo de la juventud ante la primera aventura bélica.

—¡No! Nadie viene con nosotros. Ustedes se quedan aquí hasta que reciban instrucciones —dijo el cholo con voz de autoridad. Si Juancho desaparece del pueblo los soldados se darán cuenta de que andamos cerca y es posible que nos sigan. No conviene despertar sospechas. Ustedes deben concentrarse en acabar con la guarnición cuanto antes. Si regresan los otros en la fragata, digan solamente que los soldados se fueron a la capital por órdenes superiores. Les avisaremos cuando necesitemos que se reúnan con el resto del grupo. El ejército liberal ya se está formando y todos tenemos que participar. No sabemos cuándo será el golpe final pero esperamos y confiamos en Dios que será pronto.

Las mujeres entraron repartiendo los platos de comida a los hombres que en silencio devoraron su contenido sentados en el

suelo. Carmen trataba de cruzar su mirada con la de Manuel pero era en vano. El joven absorto en sus pensamientos no le prestaba atención. Hubiera querido partir con los insurgentes pero comprendía la validez de las razones que tenían para irse solos. No podía arriesgar la seguridad del resto del pueblo con un gesto inútil. Ya llegaría la hora de participar con los demás. Su mente hervía con un fervor patriótico. Cuando terminaron de comer se fueron con el mismo sigilo con que habían llegado, seguidos por Juancho y Manuel. Iban en busca del barco que tanto necesitaban para rescatar a los compañeros varados en la costa. Antes de partir, Manuel le susurró a Carmen en el oído:

—Espéreme mañana en la playa bien temprano cerca de la Punta. Tengo que hablarle.— Con un beso fugaz en la mano se perdió en la oscuridad con Juancho y los otros. Felicia la amonestó:

—No le cuente a nadie lo que ha pasado aquí esta noche Niña Carmen. Los soldados tienen oídos por todas partes y puede ser muy peligroso para todos.

Carmen sabía que Felicia se refería a su tía Eugenia, abierta partidaria de los conservadores. Asegurándole su discreción se despidió con un apretón de manos y salió de la casa. El frescor de la noche le golpeó el rostro, todavía enrojecido por la emoción que sentía. La nitidez de un cielo bordado con millones de estrellas la hicieron olvidar por unos segundos la preocupación que la embargaba. Suspirando siguió cuesta arriba con paso ágil. Deseaba ardientemente que llegara la mañana y con ella el prometido encuentro con Manuel en la playa. En su apuro no se dio cuenta de la mirada curiosa del soldado que la seguía al verla pasar por la estrecha calle.

Se levantó temprano cuando el sol comenzaba apenas a salir de su refugio en el mar. La tía ya estaba removiendo ollas en la cocina y se asombró de verla arreglarse para salir a esa hora.

—A dónde va Carmen?— preguntó curiosa.

—Voy a caminar un rato por la playa tía. Dormí muy mal y me duele la cabeza.

—Si quiere la acompaño —le dijo solícita la vieja.

—No tía Con la reuma que usted tiene la humedad le puede hacer daño. Es mejor que se quede. Yo regreso enseguida contestó la muchacha tratando de no reflejar en su voz la ansiedad que la invadía al darse cuenta de que la tía estaba dispuesta a salir con ella.

Sin desconfianza, Eugenia asintió.

—Tiene razón. Tengo la reuma muy mal y las rodillas me duelen mucho. No se demore que tengo el desayuno casi listo.

Camino a la playa Carmen se detenía a saludar a los vecinos que se encontraba. Caminaba lentamente, con paso casual como el que no tiene prisa para no despertar sospechas. Miró hacia la loma del cementerio ansiosamente para asegurarse de que los soldados permanecían aún en el Cuartel. Al pasar por la iglesia se persignó dirigiendo al Cristo una plegaria silenciosa de ayuda. Los recientes acontecimientos la tenían en un estado anímico tan confuso que ni ella misma sabía lo que quería. Pero se sentía cada vez más asustada por la situación y la incertidumbre del momento político que vivían. Al llegar a la playa se quitó los apretados botines; le gustaba la humedad de la arena en los pies descalzos. La frialdad del agua le daba una sensación de bienestar y paz y se sintió aliviada. Así caminó hasta Punta Pericos en donde Manuel la esperaba. Al resguardo de las rocas se encontraron solos por primera vez desde que los soldados habían llegado al pueblo. Carmen tímidamente alargó la mano para saludarlo como si se tratara de un encuentro casual, él la atrajo hacia su pecho y la estrechó largamente entre sus brazos venciendo con dificultad los pudores de la soledad.

—Manuel, qué le ha pasado? Hace tanto tiempo que no nos vemos.-

—Su tía no le ha dicho nada? No le ha contado de la discu-

sión tan violenta que tuvimos hace cuatro semanas, casualmente el día que llegaron los soldados? – le contestó Manuel visiblemente molesto.– Ella dice que yo no soy digno de usted y me dijo cosas muy desagradables. Soy pobre pero de una familia muy digna a Dios gracias y me ofendió mucho su actitud.

Carmen lloraba en silencio con la cabeza baja. Sabía de memoria todas las objeciones de la tía y no quería agraviar a Manuel más de lo que estaba.

–Quiero casarme con usted,– le dijo con voz trémula pero antes deseo tener el permiso de mi madre. En cuanto regrese "La Princesa" iremos a Panamá y le suplico que me acompañe para que conozca a mi familia. Allá podremos desposarnos.-

–Yo no puedo ir a la capital ahora. Usted estaba en casa de Juancho anoche y sabe el compromiso que tenemos. Hay que acabar con la guarnición lo antes posible.

–Si no viene conmigo me temo que tendré que dar por terminadas nuestras relaciones –le dijo sollozando.

No era caprichosa, pero estaba utilizando todos los subterfugios femeninos para alejarlo del peligro que significaba un enfrentamiento con los soldados. Quería alejarlo de allí apelando al amor que el muchacho sentía por ella.

–Señorita, y usted me quiere cobarde? He empeñado mi palabra y no puedo fallarle a la patria –le contestó altivo y distante.

El momento de intimidad se había roto por lo que el hombre sentía que era una necedad de mujer. No estaba dispuesto a dejarse manipular por nadie y menos por la maestra que no parecía entender el fervor patriótico que lo dominaba. Carmen adivinó que la decisión de Manuel era irrevocable y escogió el momento para reprocharle los chismes que había escuchado acerca de su conducta con otras mujeres del pueblo.

–Usted no me quiere– le reclamó. –Tiene amigas íntimas

por todas partes. Ya me han contado algunas de sus aventuras. Me doy cuenta ahora que soy una más. Por eso me trata así. Si realmente me quisiera vendría conmigo a la capital.

Y fue así que por la insistencia de la mujer en remover cenizas comenzaron las mentiras entre los dos. El, le juró amor eterno, negando que fueran verdad todas las historias que a ella le habían contado y ella, vanidosa, mujer al fin, creyó todas sus promesas, olvidando consejos bien intencionados. Acordaron encontrarse en la capital en enero después que Carmen hubiese tenido la oportunidad de convencer a su madre que le diera su aprobación para el matrimonio. Se despidieron tiernamente con besos y abrazos y se citaron para el día siguiente en el mismo lugar. Manuel la vio partir y su mente se encendió con la imagen de las anchas caderas de Lastenia, que las reclamaciones de Carmen le habían hecho recordar. Cuando la perdió de vista se fue en dirección contraria rumbo a su casa. Desde la muerte de Francisco, Juana se había convertido en una reclusa y raras veces iba al pueblo. Manuel encontró a su madre ocupada en darle de comer a las gallinas que con gran desorden revoloteaban alrededor de sus pies levantando una nube de polvo en el patio.

—Mamá, en dónde está Nicolás— le preguntó.

—Adentro durmiendo— le contestó Juana.— Todavía tiene fiebre.

El muchacho entró en el cuarto en donde el hermano dormía las fiebres del paludismo. Lo despertó, sacudiéndolo por el brazo suavemente. El enfermo se incorporó bruscamente al notar la presencia de Manuel.

—¿Qué pasa?— preguntó mientras su mente luchaba por disipar la bruma del sueño.

—¿Cómo se siente?— le preguntó Manuel.

—Creo que ya voy mejor. ¿Qué está pasando? Lo noto preocupado.-

—Anoche llegaron dos hombres de San Miguel. El barco en que huyeron de la isla naufragó costa abajo y vinieron caminando hasta acá. La consigna está dada, tenemos que deshacernos de los soldados cuanto antes. Aquí se reunirá el grupo de San Miguel y los de monte adentro para ir a juntarse con el ejército que los liberales están formando por Chiriquí. Nosotros también iremos. No vamos a aguantarnos más a este Gobierno.

Nicolás escuchó las palabras de Manuel con el entusiasmo reflejado en el rostro.

—¿Tienen algún plan de acción? El Teniente no es ningún imbécil y será difícil de engañar.—

—Ya pensaremos en algo. Mientras tanto ponte mejor. Vamos a necesitarte.

Lo dejó, haciéndole señas que guardara silencio del asunto porque no quería que Juana se enterara. Salió de la casa rumbo al pueblo y a los brazos de Lastenia que lo esperaban como siempre, sin preguntas ni reproches.

IX

Cuando los primeros retortijones de barriga lo hicieron correr al Cuartel en busca de una bacinilla, el Teniente no se imaginaba los acontecimientos que se avecinaban. Al encontrar media docena de hombres en el mismo predicamento, la sospecha de que habían sido envenenados por algo en la sopa se convirtió en certidumbre. A pesar de los dolores que sentía, colérico, ordenó la inmediata captura de Lilia, la cocinera responsable de la confección del guiso emponzoñado. La pobre mujer había querido contribuir al esfuerzo de guerra echando unas cuantas cucharadas de hojas de sen molidas en la sopa. El fuerte purgante no mató a nadie pero los fundillos de los soldados quedaron al rojo vivo y ardiendo por varios días. A Lilia no la encontraron aunque registraron al pueblo casa por casa. Después de recuperarse aprovecharon la ocasión para maltratar a cuanto chumiqueño se les ponía por delante. Rabiosos, montaron guardia permanente alrededor del Cuartel, como si estuviera en estado de sitio y salían de patrulla por el pueblo en grupos de tres. A pesar de las protestas del chi-

no, saquearon la tienda confiscando todos los víveres que almacenaba. El Teniente prohibió las novenas vespertinas y las beatas del pueblo tuvieron que dejar al Cristo solo en la penumbra de la Iglesia tristemente rodeado de flores marchitas y murciélagos. Juancho maldijo la iniciativa de Lilia; ahora los soldados estaban avisados de que algo se tramaba en su contra y no iban a dejarse atrapar tan fácilmente.

Cuando los militares se dieron cuenta de la desaparición del barco de Pastor Gutiérrez de su lugar habitual en la playa, la situación empeoró. El Teniente no podía interrogarlo porque Pastor llevaba días trabajando en el sembrado río arriba y tampoco podía acusarlo de nada. Todo el pueblo lo había visto salir en una panga acompañado de dos soldados que lo escoltaban a cosechar el arroz y el maíz, ya que el Teniente había dado órdenes de no perder de vista a ningún hombre del pueblo. Uno de los soldados reportó al Teniente que había divisado a la maestra Carmen sola saliendo a altas horas de la noche de la casa de Juancho.

—Urrutia, está usted seguro de que era la maestra?— preguntó el Teniente.

—Sí señor. Aunque estaba oscuro la reconocí enseguida y la seguí hasta la casa— contestó el hombre.— No le di importancia al asunto pero sí me extrañó que la señorita saliera sola tan tarde. Usted sabe que la tía la acompaña a todas partes.-

El Teniente no había visitado a Carmen desde el día de las cagaderas a consecuencia del patriótico sancocho de sen que les había preparado Lilia. Entró en la casa sin tocar, con la altivez del militar que por cumplimiento del deber olvida la cortesía de la amistad. Carmen se sobresaltó al verlo entrar sin anunciarse.

—Buenas tardes, Teniente. ¿Qué lo trae por aquí? —le preguntó levantándose de la mecedora en donde cosía cerca de la ventana.

—Tengo un asunto muy grave que discutir con Usted. —anunció con voz severa.

Eugenia al oír la voz del Teniente salió de la cocina, en donde se encontraba como siempre, entre guisos y tisanas.

—Ah Teniente. Buenas tardes —le dijo melosa— ¿Cómo está usted?— Puedo brindarle una chicha de naranja?—

El prosiguió sin prestarle atención a la vieja. El sudor perlaba su frente y se veía visiblemente molesto. Con ademán nervioso se retorcía los bigotes caminando de un lado a otro de la sala sin mirarla de frente.

—Señorita Carmen, qué hacía usted en casa de Juancho el martes a las diez de la noche? ¿No sabía que hay toque de queda después de las ocho y que está prohibido salir a visitar a esas horas?

—No podía dormir porque tenía un fuerte dolor de cabeza y fui a casa de Felicia a buscar un remedio— respondió Carmen mirándolo desafiante.

Eugenia la contempló de hito en hito asombrada por lo que acababa de oír. Ella no se había dado cuenta de que la joven había salido de noche. El militar la contempló con ojos de desconfianza; el ardor que tenía en el trasero le recordaba la negra ingratitud y maldad de los chumiqueños.

—Señorita, quiero que sepa que usted ha infringido la ley y merece un castigo por su atrevimiento. Por desobedecer el toque de queda es merecedora de una sanción ejemplar. La multa será de dos pesos y queda confinada a su casa por un período de diez días. Si fuera usted hombre tendría que ir al calabozo por ese tiempo. Así se advirtió cuando se ordenó el toque de queda. Tenemos que mantener la disciplina y usted como maestra debería dar el ejemplo.

Carmen enrojeció de indignación. Estaba a punto de largar al Teniente de la casa pero se contuvo al notar la cara de angustia de la tía Eugenia y decidió guardar silencio.

—No tiene usted alguna cosa que decir?— continuó el militar. Este asunto no le gustaba para nada pues sabía que había llegado la hora de la fuerza.

—Pero Teniente, cómo va usted a castigar así a mi sobrina? Su padrastro es el Capitán Biendicho y Larrañaga. Usted abusa de su autoridad.

El Teniente titubeó al oír el nombre del Capitán, a quien sólo conocía de referencias.

—Tía no se preocupe usted y no interfiera. Estoy dispuesta a pagar la multa y a cumplir el castigo que me ha impuesto el Teniente —la interrumpió Carmen.

Levantándose fue al otro cuarto a buscar el dinero que tenía guardado en una pequeña cajita de madera en el estante. Con un gesto de desprecio, extendió la mano con las monedas hacia el Teniente que, pálido de rabia, se negó a aceptarlas. No le estaba gustando el cariz que estaban tomando las cosas. Se sentía ridículo ante la actitud de desafío que había tomado la maestra.

—Señorita Carmen, la multa la tiene que pagar en el cuartel y no me obligue a tomar otras medidas. Usted quebrantó la ley.

—Adelante Teniente. Señale el camino hacia el calabozo. Estoy dispuesta a seguirlo —le dijo Carmen haciéndole una pequeña reverencia.

El Teniente salió de la casa furibundo seguido de Carmen unos pasos atrás y Eugenia que la acompañaba enjugándose las lágrimas a cada paso. Varios chiquillos que habían seguido al militar hasta la casa de la maestra, curiosos se habían asomado por las ventanas y habiendo presenciado la escena que se había desarrollado entre los dos, entendieron a medias lo que estaba pasando. Al verla salir detrás del soldado salieron corriendo por todo el pueblo anunciando a voz en cuello:

— ¡Se llevan presa a la maestra! ¡Los soldados la van a fusilar!.

Felicia se asomó al balcón cuando oyó el alboroto.

—Qué dice niño? ¿Qué le pasó a la maestra?—

—Que los soldados la van a fusilar —afirmaron los chiquillos.

Hasta Doña Matilde oyó la noticia a pesar de su sordera.

—¡Carajo! ¡Eso sí que no vamos a permitirlo!— dijeron todos.

De las casas salieron las mujeres rápidamente hacia el Cuartel seguidas por un enjambre de chiquillos. La mayoría de los hombres, a esa hora de la mañana, andaban por el monte o el mar cumpliendo con sus menesteres. Unos minutos después que Carmen y el Teniente llegaron al Cuartel se inició el alboroto. Las mujeres gritaban improperios a los soldados y algunos chiquillos comenzaron a tirar huevos podridos por las ventanas del Cuartel. Los soldados acudieron de inmediato de los alrededores y a empellones trataban de dispersar al grupo resistiendo los escobazos que les propinaban las mujeres y alguna que otra mordida de los muchachos que trataban de agarrar. El Teniente salió al patio, rifle en mano y comenzó a disparar al aire tratando de imponer el orden.

Una pedrada bien dirigida le dio en la cara y al levantar el brazo para protegerse se le disparó el arma que encañonaba a la multitud. Se oyó un fuerte gemido y todos se volvieron horrorizados al ver a Doña Matilde caer al suelo con una flor roja creciendo lentamente en el hombro derecho. Carmen corrió al lado de la vieja al darse cuenta de lo ocurrido. El silencio más absoluto ahora rodeaba al grupo. Los chiquillos se pegaban de las faldas de sus madres asustados y los soldados, sin saber qué hacer, se quedaron inmóviles. Carmen se inclinó sobre el cuerpo de la anciana tocándole el rostro y la boca para ver si aún respiraba.

—Está viva todavía— anunció— Vamos a llevarla a mi casa con cuidado y que alguien vaya a avisarle a la Señora Rosa de lo que ha sucedido. Ella sabrá qué hacer.

Los soldados intentaron ayudarlas a cargar el cuerpo de la vieja pero fueron rechazados bruscamente. Entre todas las mujeres levantaron el cuerpo inerme de la viejita sorda cuya lengua todos temían, pero ahora, gracias al Teniente Jaramillo, se convertía en la mártir de Chumico. Se fueron alejando cuesta abajo en solemne procesión llevando a Matilde entre cuatro, en un silencio preñado de hostilidades. El Teniente que después del desafortunado disparo no había dicho ni hecho nada se quedó parado en la puerta del Cuartel mirando el cortejo que se alejaba. Un sudor frío le rodaba por la nuca; este asunto no le gustaba. Los soldados lo miraban en silencio y en todos los rostros se reflejaba la inquietud que sentían ante el hecho de sangre.

—¡Maldito pueblo. . .!— musitó el Teniente.— ¡Ya no aguanto más. . .!—

X

La vigilia comenzó. Todo el pueblo esperaba ansioso alrededor de la casa de Carmen noticias del estado de salud de Doña Matilde, quien de vieja bochinchosa se había tornado en heroína. Rosa la comadrona, llegó enseguida que le avisaron de la tragedia y apresuradamente entró en la casita seguida de Felicia que la había ido a buscar al otro lado del pueblo en donde se encontraba asistiendo a un alumbramiento. La mujer entró en la habitación en donde pálida yacía la vieja todavía inconsciente y se dedicó a restañar la sangre que corría copiosamente de la herida en el hombro.

—Esto es serio— murmuró— está sangrando demasiado. No sé si podré hacer algo. —Sería mejor que manden a buscar a Amelio Recuero. El nos puede ayudar.

Poco después apareció el viejo Amelio. Silencioso y con gesto hosco se abrió paso entre los curiosos y entró sin saludar.

—Llegó Amelio— susurraban— seguro que trae algún remedio poderoso.

Todos temían al viejo Recuero por su reputación de brujo pero cuando ocurría alguna desgracia, sobre todo los picados de culebra o algún recién nacido sufriendo de mal de ojo, los vecinos de Chumico no vacilaban en subir la loma del cementerio en busca de ayuda. Se decía que Amelio tenía más de cien años de edad y que había traído su magia de Africa de donde vino de niño encadenado en un barco negrero que iba rumbo al Perú. El barco había naufragado cerca de la bahía de Chumico siendo el joven Amelio, milagrosamente, el único sobreviviente de la tragedia y era así como se había radicado en el pueblo. Los más viejos no se acordaban de un Amelio joven. Todos estaban de acuerdo al decir que el brujo siempre fue viejo. Su reputación se extendía por toda el área hasta San Miguel. Y algunos llegaban desde la capital a consultarle algún problema. A veces, lo veían encaminarse hacia la montaña de donde no salía por semanas enteras y al regresar traía un saco lleno de hierbas misteriosas y animales muertos que usaba en sus remedios. Los poderes que le adjudicaba la leyenda popular eran muchos e incluso se decía que hasta las culebras le obedecían.

Al llegar a la casa se quitó el sombrero de paja y entró sin saludar a nadie.

—¿Dónde está la enferma?— preguntó en voz baja. Felicia al verlo se persignó y lo condujo a la recámara en donde se encontraba Matilde recostada en la cama de Carmen, mientras Rosa trataba en vano de parar el chorro de sangre que le salía de la profunda herida en el hombro. Las mujeres que la rodeaban se apartaron para dejarlo llegar.

—Señor Amelio ¡qué bueno que ya está aquí!— exclamó Rosa al darse cuenta de la aparición del viejo. —La herida es muy profunda y me parece que la bala la atravesó el hombro porque sangra también por la espalda.

Los ojillos del viejo sabio hundidos en aquel rostro arrugado sin edad miraron a Matilde detenidamente. Del saco que cargaba

en el hombro sacó un frasquito lleno de un líquido oscuro y gota a gota lo vertió sobre la herida que dejó de sangrar enseguida. Volvió a hurgar en el envoltorio y sacó otro frasco chato que le entregó a Rosa.

—Póngale esta pomada tres veces al día. La herida es peligrosa y puede estar emponzoñada. Hay que mantenerla cubierta con una tela limpia.—

Se fue como vino, silenciosamente, con su saco de misterios sobre el hombro derecho. Los que afuera esperaban lo vieron salir sin que nadie se atreviera a preguntarle nada. Mientras tanto, Matilde había vuelto en sí y débilmente trataba de hablar.

—¿Qué ha pasado Felicia? ¿En dónde estoy?— el dolor de la herida la sacudió vivamente y comenzó a quejarse en voz baja.

Carmen se acercó a la cama e inclinándose para que la vieja la oyera bien le dijo.

—No se mueva Matilde. Está herida en el hombro. Al Teniente Jaramillo se le escapó accidentalmente un tiro del rifle y le pegó a usted. No se preocupe que ya se va a poner mejor y por favor quédese quieta mientras le vendamos la herida. El señor Amelio le acaba de poner una medicina que la va a curar pronto.

—¿Accidentalmente? Accidentalmente dice usted? ¡Asesinato premeditado lo llamo yo! —le interrumpió Felicia calurosamente.— ¡Mira que tener la cobardía de tirarle a una vieja indefensa! ¡Tenemos que hacer algo antes que maten a todo el pueblo.!— ¡Tenemos que hacer algo!—

Un murmullo de aprobación se levantó desde la sala ante las indignadas palabras de la mujer. Pasado el susto inicial ante el hecho de sangre, las mujeres se llenaban de cólera y deseos de venganza. Carmen trató de protestar ante la distorsionada versión de lo ocurrido pero fue en vano. Por mucho que trataba de razonar con las mujeres éstas se mostraban reacias a escuchar su opinión de lo que realmente había sucedido.

—Estos colombianos son unos asesinos niña Carmen. —le dijo Leonor.— Yo vi con mis propios ojos cómo el Teniente le apuntó a Matilde el fusil directamente al corazón. Ella se salvó porque el disparo se desvió cuando alguien le tiró una piedra en la cara al Teniente.—

—Es verdad lo que dice Leonor —decían las otras.— Le disparó el rifle con la intención de matarla por estar tratando de salvarle la vida a la Niña Carmen.

— ¡Pobre Matilde. . .! Una mujer tan cristiana y tan querida en el pueblo. . .!

—Deja que lleguen sus nietos del monte y se enteren de lo que aquí ha pasado. Va a haber guerra abierta como en San Miguel. . .!—

—Pero si yo iba al Cuartel solamente a pagar una multa!— en vano protestaba Carmen.

—Casi fusilan a la maestra a no ser por nosotras. Matilde es una heroína— insistían las mujeres sin hacerle caso.

Y fue así como nació la leyenda de Matilde, la heroica defensora de Chumico. Años más tarde, cuando ya la República había nacido y el recuerdo de los soldados colombianos era sólo historia, el Presidente de la República Don Manuel Amador Guerrero le envió a Matilde una condecoración por su valor durante la guerra de liberación. El discurso fue pronunciado por un distinguido liberal de la época a quien le tocó el honor de traer la medalla a Chumico. Sus emotivas palabras arrancaron lágrimas de los ojos de sus oyentes mientras narraba las peripecias de la viejita que

dad, se preguntaban qué tramaban los chumiqueños. Cuatro días antes de las navidades, regresó el barco "La Princesa" de su viaje mensual. Traía las bodegas llenas de mercancía para la tienda de Ah Sing y noticias de los rebeldes de San Miguel. Habían logrado escapar y posiblemente se habían unido a las fuerzas liberales que se agrupaban en algún lugar del Istmo. Las noticias corrieron de boca en boca; se acercaba la hora de la rebelión final. Los rebeldes tenían cada vez más apoyo dentro y fuera de Colombia y se esperaba el próximo retorno del Doctor Porras para que organizara la lucha armada. Las nuevas llenaron a Juancho de alegría. Se había enterado de que sus hermanos habían escapado ilesos de San Miguel y andaban por Aguadulce reclutando hombres para formar el ejército liberal.

Eugenia no podía aguantar más la tensa situación y temía por la seguridad de Carmen. En cuanto llegó el barco aprovechó la oportunidad para acercarse al Teniente y pedirle permiso para regresar a la capital en cuanto zarparan. El Teniente accedió a la solicitud sin reparos; se alegraba de salir de la maestra a quien secretamente culpaba de todos sus problemas en el pueblo, sin saber que ella era la única que lo defendía de la acusación que todos le hacían de haberle disparado intencionalmente a Doña Matilde. Eugenia regresó de la entrevista, con aire de triunfo anunciándole a Carmen la partida inminente.

—Pero tía, no podemos irnos y dejar al pueblo en la situación en que se encuentran desde el arresto de Pastor Gutiérrez— protestó la muchacha. Tenemos que ayudarlos. Estoy segura de que el Capitán que comanda la fragata es una persona razonable y no va a fusilar a Pastor por un accidente. Creo que puedo convencerlo de la injusticia que se está cometiendo en este caso.—

—Pero hija. ¿Qué le hace pensar que ellos le harán caso a usted por encima de la palabra del Teniente? No sea terca y vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde. Mire como usted misma ha estado al borde de la muerte por la imprudencia de ese militar. . .!

Carmen le contestó indignada:

—Por favor tía, no empiece también con esos embustes. Estoy cansada de oír tantas tonterías. ¡Usted sabe bien que no hubo tal intento de fusilamiento. . .!

—Bueno, usted dirá lo que quiera pero yo estoy de acuerdo con la señora Felicia. El asunto no fue tan inocente como quiere verlo, dijo Matilde.

Carmen se negó a escuchar los argumentos de la tía. Pensaba en Manuel a quien no había vuelto a ver desde el día que se encontraron en la playa y se imaginaba que el muchacho andaba con los otros hombres del pueblo viendo a ver la forma de liberar a Pastor de su cárcel.

—El asunto está fuera de nuestras manos Carmen. El Teniente ha dado órdenes de que nos embarquemos mañana con la primera marea así que es mejor que comience a empacar los baúles. Ya que tanto le preocupa esta gente, podría hacer mucho más por ellos en la capital. Si habla con su padrastro el Capitán Biendicho, es posible que él use sus influencias para ayudarlos en ese asunto,—añadió ladina, a sabiendas de que este último argumento quizás acabaría por convencer a Carmen.

Pero si yo casi no conozco al Capitán Biendicho—, le dijo la muchacha quedándose pensativa.

¡Cómo no lo va a conocer. . .! Lleva casado con su madre casi un año. Estoy segura que con el cargo que ostenta podrá hacer mucho por ayudarla.

-¿Y si no llegamos a tiempo tía? El Teniente dijo que en cuanto vuelva la fragata harán juicio a Pastor y es posible que lo fusilen.

—La fragata no regresará sino hasta fines de enero- mintió la vieja.— Yo oí claramente cuando el Teniente así se lo dijo a Juancho. Para entonces ya habrá tenido tiempo de pedirle al Capitán Biendicho que interceda a favor de Pastor en la capital. Cualquier barco demora cuatro días en regresar y puede traer la

orden de libertad de Pastor o por lo menos a algún funcionario imparcial que venga a investigar la situación.

Desde la habitación cercana la voz quejumbrosa de Doña Matilde interrumpió la conversación. La vieja estaba mucho mejor y se pasaba las horas comiendo y quejándose de todo, cuando estaba despierta. Haciendo un gesto de impaciencia Eugenia le gritó:

— ¡Ya va. . .! Matilde, ya va.- En voz baja, dirigiéndose a nadie en particular comentó entre dientes.

— ¡Estoy cansada de servirle de empleada a esa bruja. . .! ¡Gracias a Dios que ya nos vamos!

Carmen se dio cuenta de que no le quedaba otra alternativa a pesar de no estar muy convencida de la necesidad de partir hacia la capital. A sabiendas de los últimos acontecimientos, no quería enfrentarse nuevamente a la voluntad del Teniente. Salió a la calle mientras Eugenia se dirigía a la otra habitación para atender a Matilde. Los soldados vieron a la maestra y no le dijeron nada. Ella llamó a uno de los chicuelos que por allí pasaba y le pidió que le llevara a Manuel un mensaje.

-Pedro, dígale a Manuel Muñoz que deseo verlo esta tarde en mi casa— le dijo.

Quería hablar con él antes de partir y no veía la forma de arreglar un encuentro clandestino sin suscitar las sospechas de los soldados que vigilaban su casa noche y día. El niño aceptó el encargo y salió corriendo cuesta abajo no sin antes sacarle la lengua descaradamente a los soldados que vigilaban la casa de la maestra. El muchacho fue primero a la tienda de Ah Sing y al verlo sentado debajo de la vieja bandera que todavía ondeaba enfrente de la tienda le gritó:

—Ah Sing, dónde está Manuel Muñoz?— El chino parecía un viejo ídolo esculpido en madera de cóngolo. El único gesto en su cara era la sonrisa de caimán satisfecho que de vez en cuando mostraba. A pesar de los destrozos causados por los soldados, la

tienda permanecía abierta y lo poco que quedaba estaba en venta. Sin moverse de su asiento el chino le apuntó al chiquillo en la dirección de la casa de Juancho. El siempre se las arreglaba para saber el paradero de todos en el pueblo sin salir de la tienda. Hasta allá se dirigió el chicuelo velozmente. Debajo de la casa pretendiendo remendar unas redes se encontraban los dos hombres conversando en voz baja.

– ¡Manuel.. . .! La maestra quiere que vaya a su casa esta misma tarde– anunció el muchacho partiendo raudo sin esperar respuesta, por el mismo camino que llegó.

–¿Qué será lo que quiere?– dijo Manuel.– Tiene la casa rodeada de soldados.–

–Algo serio debe ser. Es mejor que vaya cuanto antes. A lo mejor Matilde se ha puesto peor– le dijo Juancho.

No. No es eso. Mi madre fue a visitarla esta mañana y me dijo que está mucho mejor.–

– ¡Qué hay entre usted y la maestra, Manuel?– ¡Es cosa seria?– le preguntó Juancho.

–Sí. Es cosa seria. Vamos a casarnos si la familia de ella no se opone. La tía no me puede ver ni en pintura. ¡Cómo la detesto. . ! Parece un ave de mal agüero y las ínfulas que se da!–

El viejo lo miró con tristeza.

–Manuel, hijo, a veces la gente tiene sus prejuicios. En la capital poco gustan de los negros como nosotros y me dicen que en el interior hacia Aguadulce y David, la cosa es peor.

–Eso es porque por allá hay muchos conservadores Juancho. ¡Maldito sean . . .! Ellos saben que todos por acá somos liberales desde el Cauca hasta la costa. No es asunto de razas; es por la política que nos atacan. La familia de ella son todos conservadores y su madre está casada con un Capitán del Ejército.

—No creo que este asunto sea totalmente cuestión de política Manuel. Los blancos no gustan de los negros desde los tiempos de la colonia porque los esclavos se liberaron. Los cuentos que hacía mi abuelo de los maltratos que sufrieron los negros y de las rebeliones que ocurrieron en esos tiempos, cuando yo estaba chico y vivíamos en San Miguel. . .—

—Ya me sé de memoria esos cuentos de blancos y negros. . .! le interrumpió Manuel —Eso fue antaño. Las cosas ahora son muy distintas. ¡Vivimos en otra época. . .!— Con un gesto de impaciencia se levantó dejando al viejo que lo contemplaba con ojos tristes, con la palabra en la boca.

—Estos muchachos de ahora no entienden bien cómo es el mundo de malo. Nada ha cambiado. La gente sigue igualita con sus prejuicios aunque tratan de disimularlo un poquito más ahora, pero con cualquier excusa, le sacan a uno lo de negro y pobre. Manuel tiene mucho que aprender— pensó mientras proseguía con la tarea de remendar las redes.

Manuel, mientras tanto, siguió rápidamente a la casa de Carmen. No quería esperar las horas de la tarde para acudir a la cita. Al verlo llegar con ademán desafiante los guardias no le dijeron nada. Entró a la casa sin pedir permiso. Con el mal humor que traía le provocaba darle una patada en los cojones al soldado que se atravesara en su camino. Afortunadamente para la genitalia de los militares, a ninguno se le ocurrió molestar a Manuel.

—Señorita Carmen, señorita Carmen. . . —anunció su presencia con voz fuerte. —¿Usted me mandó a buscar?

La muchacha no lo esperaba tan pronto y sobresaltada por el tono de voz de Manuel salió del cuarto en donde ayudaba a Matilde a ingerir su tercer almuerzo. Se asombró de ver al muchacho tan desarrapado y hasta descalzo.

—"Qué pálida y flaca está"— pensó Manuel.

—" ¡Caramba! ¡Cómo se atreve a venir a verme así tan desarreglado. "—se dijo Carmen con inquietud. Trató de dominar el

malestar que la llenaba y sin preámbulos le anunció lo del viaje al día siguiente.

—No puedo hacer más nada. Mi tía insiste en irse y el Teniente ya nos autorizó a partir. Quería hablar con usted porque me preocupa mucho el asunto de Pastor. Voy a tratar de que el Gobierno mande enseguida a alguien imparcial para lo del juicio.-

—Gracias Carmen. El pueblo aprecia su interés pero no tiene porqué preocuparse — le contestó Manuel sarcástico.

Se sentía traicionado al ver que la maestra se iba en medio del conflicto actual.

—Mi padrastro es Capitán en el ejército. Estoy segura de que él podría influir para que no se cometa una injusticia en el caso de Pastor.-

—Está bien. Pero creo que va a ser difícil porque el tiempo se nos hace corto.—

Manuel le hablaba casi con tono de indiferencia, como a una persona extraña y ella se dio cuenta de lo herido que estaba. Con un gesto de angustia le cogió las manos y en voz baja con los ojos colmados de lágrimas que no se atrevía a verter le dijo:

—¿Vendrá pronto a Panamá a hablar con mi madre?— Manuel se sintió conmovido al notar los ojos ansiosos de la muchacha.

—Es mejor que se vaya. Aquí va a haber problemas y puede ser peligroso. No se preocupe. La iré a buscar en dos meses. Se lo prometo.—

—¿De verdad que vendrá?—

—Palabra de hombre.— Le besó las manos para sellar el pacto.

—Mañana llegue temprano por favor. Así nos ayuda con los bultos.

—Está bien, vendré con Juancho.— Otra vez las manos se unieron en una despedida final.— La voz quejumbrosa de Matilde se elevó reclamando atención.

—Carmen. . .Carmen. . .! Venga a ayudarme a sentarme en la bacinilla.

—Tenga cuidado Manuel. No provoque a los soldados. —le susurró al oído. El muchacho se fue pasando por delante de los soldados que lo miraban con curiosidad pero no le cerraron el paso. Las vecinas de Carmen al verlo lo saludaban con ojos de interrogación pero por miedo no se atrevían a detenerlo. Todos sabían que había llegado la hora de tratar de liberar a Pastor por cualquier medio aún recurriendo a la fuerza. No confiaban en la justicia militar y menos proviniendo del arrogante Capitán autor de todas las actuales calamidades. Ya los caimanes se habían encargado de hacer desaparecer a dos soldados. Todavía quedaban nueve contando al Teniente. Había que hacer algo o Pastor sería ejecutado seguramente. Había que hacer algo, ¿pero qué. . .? Los pensamientos bullían furiosamente en la mente de Manuel mientras se encaminaba a la playa a encontrarse con los otros.

XI

A las doce del día la marea estaba casi crecida. A esa hora todo el pueblo se había enterado de que la maestra se iba y bajaron a la playa a despedirla con cierta tristeza a sabiendas de la inutilidad de los adioses. Los niños, vestidos con la ropa que usaban en los días de fiesta, entonaban canciones que ella les había enseñado con voces algo desafinadas pero muy entusiastas. Las mujeres le regalaron mil cosas a última hora, que no tenía en donde empacar, pero que se llevaba de todos modos contenta por las atenciones de que era objeto. Eugenia se metió en la panga, rezongando hasta el final, sin decirle adiós a nadie. En silencio agradecía a todos los santos del cielo el poder finalmente salir del pueblo que detestaba. Había hecho tantas promesas que cuando llegara a la capital iba a tener que pasarse el año entero en la iglesia haciendo novenas para pagar las mandas. Carmen, llorosa y conmovida, se despedía de cada uno reiterando la promesa de regresar al final del verano y su decisión de abogar la causa de Pastor delante de las autoridades competentes de Panamá. Los

soldados, con caras de pocos amigos, se encontraban en la playa vigilando los movimientos de los chumiqueños, que en su mayoría no les prestaban atención. Manuel y Juancho se encargaron de cargar hasta el barco todos los bultos y baúles de las dos mujeres. Cuando llegó la hora de llevarlas a la balandra, que frágil se balanceaba en medio de la bahía, Carmen aprovechó unos breves momentos de soledad para recordarle a Manuel sus promesas del día anterior y el muchacho asintió sin decirle nada. En medio del bullicio que los rodeaba resultaba imposible expresar los sentimientos de tristeza y amor que lo embargaban al verla partir. La presencia de los soldados hacía aún más difícil el poder comunicarse con ella. Alrededor de "La Princesa" bullían las pangas cargando y descargando mercancía aprovechando la marea. En la playa, Ah Sing y sus empleados vigilaban cuidadosamente el movimiento de los víveres y bultos contando cada uno, dos o tres veces. Ah Sing no sabía leer ni escribir pero su aritmética era perfecta. Jamás se equivocaba en cuenta alguna que hacía rápidamente en un pequeño ábaco que siempre llevaba colgado del cuello con un cordón de seda roja. En la tienda del chino trabajaban dos hombres. Uno, era Romualdo Pérez, encargado de abrir y cerrar las puertas, hombre muy devoto del Cristo de Chumico y que se ocupaba también del cuidado de la vieja iglesia. Nunca dejó a nadie ayudarlo y no se acostaba hasta asegurarse de que la tienda y la iglesia estaban debidamente cerradas. El otro, era un cholo chocoe a quien todo el pueblo apodaba Jonás y que poco hablaba.

Nadie se ganaba al chino en cuanto a los negocios. Había llegado a Chumico hacía más de quince años y cuando arribó no hablaba casi el castellano, pero lograba hacerse entender por señas. Poco a poco se fue estableciendo en una pequeña tienda que cada día prosperaba más. Muchas cosas que los chumiqueños no consideraban de valor alguno, el chino las compraba para mandarlas a la capital y de allí quién sabe a qué lejanos lugares. Se decía que sus parientes tenían una gran compañía que exportaba en grandes barcos a todas partes del mundo. Fue así como por primera vez las conchas de madreperlas, las plumas de ciertos pájaros, los pedazos de madera de congolo y un sinfín de cosas comenzaron a adquirir valor para los habitantes del pueblo. Justo es decir que el chino pagaba sus compras enseguida y aunque regateaba bastante,

siempre fue honesto en sus manejos. Por muchos años vivió solo en la trastienda hasta que llegó Jonás del monte pidiendo trabajo y el chino lo puso de vendedor. Desde entonces compartían la estrecha habitación llena de sacos y mercancía en donde dormían, el chino en el suelo en un petate y el cholo en su hamaca que, en los días de verano, colgaba afuera, debajo del palo de mango.

Hacía cosa de un año Ah Sing había mandado a buscar una esposa a la China. Todo el pueblo se enteró del asunto porque la carta solicitando información al respecto la había escrito la señora Felicia con su elegante caligrafía. Iba dirigida a la compañía con la que Ah Sing tenía negocios en la capital y en ella pedía la dirección de una Sociedad China en San Francisco de California que se dedicaba a estos menesteres. Nadie conocía los resultados de las gestiones pero se sabía que el chino seguía negociando y que pronto le llegaría la tan esperada esposa del oriente.

Ah Sing también salía en "La Princesa" y apresurado trataba de dejar sus asuntos en orden. De seguro iba a quejarse ante las autoridades del mal trato recibido de manos de los soldados que habían saqueado la tienda. Romualdo y Jonás quedaban encargados del negocio y diligentes guardaban la mercancía para que quedara a buen recaudo. Ya eran cerca de las dos de la tarde y el barco alzó sus velas aprestándose a partir. Desde la cubierta Carmen se despidió del pueblo y de Manuel agitando su pañuelo al viento. Eugenia, que ya estaba algo mareada, se recostó en uno de los camarotes quejándose en voz alta de su mala suerte. Al día siguente era Navidad y la pasarían en alta mar. Carmen entonaba un villancico en voz baja para animarse un poco mientras la nave salía rauda de la bahía empujada por vientos favorables. Desde Punta Perico, Manuel contempló la partida del barco agitando su pañuelo como le había prometido a Carmen. En pocas horas se iba a reunir con unos cuantos hombres del pueblo para planear la mejor forma de obtener la libertad de Pastor. Ellos sabían que no podían confiar en la justicia de los militares colombianos y que las promesas de ayuda de Carmen no llegarían a tiempo. Había demasiada distancia entre Chumico y la capital. Después de todo ¿qué era para el gobierno un pescador más o menos si de paso se le daba un escarmiento a todo un pueblo?

Aprovechando la oscuridad se reunieron en la playa cerca de la punta, un grupo de hombres dispuestos a cualquier cosa para lograr la libertad de Pastor. Los soldados vigilaban sus idas y venidas por ser el personaje más importante del pueblo. El viejo sabía lo que estaban tramando pero no quería poner en peligro la operación con su presencia. Fueron llegando uno a uno deslizándose en silencio entre las rocas. El primero que habló les propuso asaltar el Cuartel de frente.

—Con qué armas? —contestaron los más juiciosos — los soldados han confiscado hasta las escopetas más viejas. —

— Necesitamos una distracción — dijo Manuel. — Algo que haga que los soldados se alejen del Cuartel y así darnos tiempo para sacar a Pastor de la celda por atrás en donde la ventana tiene unas trancas de madera fáciles de forzar. —

A nadie se le ocurría nada. Un ataque por el frente del Cuartel sólo haría que los soldados fortalecieran la guardia alrededor de la celda del prisionero.

— ¡Las avispas. . . ! exclamó Nicolás de repente— ¡Las avispas. . . ! —

— De qué estás hablando hermano? — le preguntó Manuel asombrado.

— Esa es la solución que estamos buscando; me refiero al nido de avispas que tenemos en el alero del techo del patio. Mamá me mandó a quemarlo esta noche porque han estado molestando mucho. Esa es la solución del problema que tenemos. —

Todos lo miraban sin comprender casi convencidos de que Nicolás no estaba en su juicio.

— ¿No entienden? — prosiguió entusiasmado, no haciendo caso de la expresión de sus compañeros. — Lo voy a descolgar con cuidado y lo meteré en un saco. ¡Mañana temprano será nuestra arma contra los soldados. . . !—

Todos se miraron en la oscuridad comprendiendo al fin lo que el muchacho les proponía; ya habían encontrado la distracción que necesitaban. Se dieron cita cerca de la loma del cementerio a las cuatro de la mañana. Solamente los cuatro hombres más jóvenes iban a participar en la operación avispero por si acaso algo salía mal. Manuel se dirigió a casa de Lastenia como una sombra. Con gran agilidad se subió a un palo de mango entrando por la ventana del cuarto de la muchacha que dormía profundamente. El la despertó, con cuidado de no alertar al resto de la familia que descansaba en el cuarto cercano.

– Shh. . . Lastenia, despierta le dijo Manuel.

– Qué bueno que has venido – le dijo la mujer enroscando los brazos en su cuello mientras trataba de arrastrarlo a la cama con ella.

– Escúchame bien Lastenia; no estoy aquí para lo que crees. Necesito que nos ayudes. Mañana temprano vamos a tratar de libertar a Pastor y tú tienes que distraer al soldado de guardia al frente del Cuartel para que podamos llegar a la parte de atrás sin que se den cuenta. – La mujer se sentó mirándolo fijamente en la oscuridad. El olor de su deseo lo envolvía sofocándolo, pero se resistió.

–Tienes que ayudarme, si no sacamos a Pastor, los soldados lo van a matar.–

– Está bien. Haré lo que me pides. Pero ahora quédate conmigo un rato. –

– No Lastenia, no tenemos tiempo. Tengo que hacer otras cosas muy importantes. La vida de Pastor depende de que todo salga bien. Al amanecer vete al chorro a buscar agua y trata de distraer al soldado por unos minutos. –

– Está bien, ya entiendo. – le contestó la mujer algo triste al darse cuenta de la indiferencia del hombre preocupado por otros asuntos.

La madrugada se acercaba y el tiempo apremiaba. Lastenia salió de su casa cargada con la tinaja rumbo al chorro cerca de las cinco de la mañana. Poco después bajaba por el sendero que pasaba frente al Cuartel contoneándose bajo el peso de la vasija que llevaba en la cabeza. Al llegar cerca del soldado que estaba haciendo la guardia, se detuvo para acomodar mejor la carga que parecía que se le estaba cayendo. Con gran dificultad la depositó en el suelo de espaldas al soldado que al ver dibujarse las hermosas nalgas de la muchacha a través de la falda se acercó con interés con el pretexto de ayudar a reacomodar la tinaja en la cabeza de la mujer. Lastenia le sonrió coqueta, dándole las gracias por su ayuda y lo dejó con una promesa en los ojos sin que el infeliz se percatara de sombras que a sus espaldas se deslizaban presurosas hacia la parte de atrás del Cuartel. Su misión ya cumplida, la muchacha se despidió del soldado haciéndole saber que no le disgustaría encontrarse con él más tarde.

A esa hora comenzaban a salir de sus hamacas los soldados soñolientos y de mal humor. Casi ninguno se dio cuenta cuando el bólido negro fue lanzado por una de las ventanas de atrás. El nido estalló en medio del cuarto dejando un reguero de lodo seco y un enjambre de avispas dispuestas a vengar la pérdida de su hogar en cualquier cristiano que se atravesara en su camino. La escena que se suscitó fue realmente indescriptible: los soldados corrían por todas partes tratando de eludir los furiosos aguijonazos que los acribillaban. La confusión que reinaba hacía imposible el lograr una defensa común y cada uno trataba de huir lo más rápidamente posible.

Exasperado, el Teniente impartía órdenes a derecha e izquierda sin que nadie le prestara la menor atención. Uno de los soldados cayó muerto repentinamente del puro susto. Era el mismo hombre que había sobrevivido la picada de alacrán en sus partes privadas y que al experimentar el primer aguijonazo en la nalga izquierda, sintió tal espanto que el corazón dejó de latirle en el mismo instante. El recuerdo del martirio anterior era demasiado fuerte y no pudo soportar la idea de una repetición de los hechos. El Teniente y los siete soldados restantes salieron en gran confusión del Cuartel y se alejaron corriendo loma abajo perseguidos por el enjambre de furiosa avispas que no cejaban en su ataque.

Llegaron hasta la playa y sólo pudieron librarse de sus aguijonazos tirándose de cabeza en las olas que bañaron sus cuerpos lastimados por las picadas. Lograron regresar media hora más tarde. Encontraron el cadáver del pobre soldado arrodillado como pidiendo misericordia y la celda de Pastor vacía. El Teniente, casi al borde de una apoplejía por la cólera que lo invadía, ordenó que persiguieran al fugitivo y lo ajusticiaran a él y a sus acompañantes en cuanto los encontraran.

Para salir de Chumico solamente había dos caminos: o se salía por mar o a pie a través de la montaña. Por la costa, había tanto manglar que se hacía imposible el trayecto. ¿ Imposible. . . ? No para los chumiqueños. Habían vivido tantos años rodeados por el manglar que hasta sobre arena movediza caminaban. Esa había sido la ruta que habían escogido para huir del pueblo Pastor y sus amigos. El Teniente, limitado por el número de soldados que quedaban mandó a tres a buscar a los fugitivos por la montaña y el resto tenía que registrar el área que daba a los manglares. Los soldados partieron en su misión a regañadientes; un temor supersticioso los dominaba desde que encontraron al compañero muerto en el Cuartel y la vista de Amelio Recuero haciéndo signos cabalísticos al verlos pasar en frente de su choza, no contribuyó en nada a mejorar el estado de ánimo en que se encontraban. El Teniente fue personalmente a sacar a Juancho de su casa en donde lo encontró durmiendo e ignorante de todos los sucesos que habían ocurrido desde el amanecer. Al ver la cara hinchada del Teniente el viejo no pudo contener su asombro.

— Teniente, qué le ha ocurrido? — le preguntó restregándose el sueño de los ojos. —

— Pastor Gutiérrez se ha escapado del Cuartel con la ayuda de unos cómplices. ¡Si antes de veinticuatro horas no ha regresado usted será totalmente responsable de las medidas que me veré obligado a tomar. . . ! —

— Pero Teniente — protestó el viejo — de qué me está hablando? Yo no sé nada. Estaba durmiendo y no he salido de mi casa desde ayer. . . —

— No me venga con excusas. Usted sabe muy bien de qué le estoy hablando. . . ! Ya sabe; tiene veinticuatro horas para encontrar a ese asesino o lo fusilo!

— Se alejó sin esperar respuesta. Había perdido la batalla y lo sabía. Ahora, lo único que restaba era aguantar el castigo, que seguramente le propinarían sus superiores al enterarse de su fracaso.

— ¡Maldito pueblo. . . ! masculló por milésima vez al salir de la casa de Juancho.

— ¡Maldito Chumico. . . ! —